

12527(2)  
5/

**LAS RUINAS DE ROMA**

A  
1790

POEMA LIRICO-DIDACTICO.

Suis ipsa (Roma) viribus ruit.

---

Barbarus, heu ! cineres insistet victor, et  
Urbem eques sonante verberabit unguâ.

HORAT.



---

ESCRITO

POR EL DOCTOR DON. M. M. DE ARJONA

Canónigo Penitenciario de Córdoba.

---

LONDRES.

IMPRENTA ESPAÑOLA DE M. CALERO,  
No. 17, Frederick Place, Goswell Road.

1826.

AYUNTAMIENTO DE MADRID

OFICINA DE ECONOMIA

Presupuesto de Gastos

Presupuesto de Gastos de 1888

Por el Doctor Don M. de Arana

Comisario de Hacienda de Madrid



MADRID

IMPRESA ESPAÑOLA DE M. GARRIGA  
No. 17, Federico Place, Lowell Road.

1888

Ayuntamiento de Madrid

E  
de  
D.  
de  
mue  
de  
un  
vast  
des  
vier  
hon  
bell  
dad

## NOTA.

El siguiente poema de las *Ruinas de Roma* es una de las muchas composiciones del feliz ingenio del Dr. D. Manuel Maria de Arjona, canónigo penitenciario de Córdoba, que falleció en 25 de Julio de 1820. Su muerte causó una pérdida irreparable á la república de las letras, en cuya cultura se habia distinguido con un mérito casi universal. No ménos estimable por sus vastos y profundos conocimientos, que por sus virtudes y humanidad, lloráronle amargamente cuantos tuvieron la dicha de conocerle, y con especialidad fué honrada su memoria por la Academia general de ciencias, bellas letras y nobles artes de Córdoba, que habia fundado él mismo.

24

## Las Ruínas de Roma.



¡Salve, suelo glorioso! Eternamente  
La nave voladora que á adorarte  
Me ha conducido fiel, guarde clemente  
El Dios del gran tridente.  
¡Salve, gran Roma! Salve, hija de Marte!  
¡Cual mi mente sublimas,  
Oh! honor del universo, al contemplarte  
Aun desatada en polvo! Me parece  
Que en esta noche silenciosa animas  
Los siglos muertos, y de nuevo crece  
De entre esas piedras tu perdida gloria,  
Y á ser vuelves metrópoli del orbe.  
Aquel monte de escombros erizado  
Sobre mi patria espera otra victoria,  
Y quiere que otra vez el mundo encorbe  
Bajo tu yugo el cuello esclavizado.  
Aquel hogar soberbio, aunque postrado,  
Del domador del Africa es la cuna;

Ayuntamiento de Madrid

Y al tímido reflejo de la luna,  
 Miro sobre estos ínclitos fragmentos  
 Augustas mil brillar sombras triunfales  
 Que, de su gloria al ver los monumentos  
 Rotos yacer, con lúgubres lamentos  
 ¡Oh! Ciudad infeliz! lloran tus males.

Así cayó el imperio que, afirmado  
 Sobre mas hondo asiento se elevaba,  
 Que la estrellada cumbre del Atlante.  
 No fué, no, oh! Roma! por favor del hado  
 Toda la tierra de tu cetro esclava;  
 Tú sabia, tú constante,  
 Fuiste tus hados sola. ¡ Cuantas vezes  
 Con furor obstinada en tu ruina,  
 Tiró al fin la Fortuna su guadaña,  
 Y clamó con espanto: “tú escarneces  
 ¡Oh! gran Ciudad! mi potestad divina,  
 Y yo cedo, admirando tanta hazaña!”  
 Vencer así la Diosa sus furores  
 Te ve, cuando á las bárbaras cuchillas  
 Se ofrecen tus inermes Senadores  
 Con triunfal toga en las curules sillas.  
 Del cielo entónces descendió piadosa

La alma virtud que reengendrarte pudo  
 De tu ceniza funeral, y armado  
 Tu brazo deja de invencible escudo.  
 Cuanto, ai! debes guardarlo respetosa!  
 El tu virtud será, cuando arrojado  
 El gran hijo de Amilcar te amenaze  
 Impia desolacion. Ya en Trasimena,  
 Ya en Trebia y Cannas tu poder deshace;  
 Ya desde la alta almena  
 Lloras, al ver la matrona estremecida  
 La africana bandera,  
 Y los tostados rostros considera  
 Del fuerte Ibero, del veloz Numida;  
 Ya la Italia en tu muerte se conjura,  
 El mundo te desprecia, ántes domado;  
 Cuando tú sola, en tu virtud segura,  
 Del campo por Anibal ocupado,  
 Cual ya rendida el Africa, dispones,  
 Y mandas atrevida que al remedio  
 Vuelen de las Españas tus legiones,  
 Sin respetar el animoso asedio.  
 Mas ¿qué teme la patria que enriquecen,  
 En los riesgos mas pródigas, las manos  
 De sus todos amantes ciudadanos?

¡ Oh ! Anibal ! si los Alpes te obedecen,  
 Roma que armada de virtud te espera,  
 Mas firme es que los Alpes y mas fiero.

Y de tus hijos, Roma, siempre amada  
 Los vieras siempre intrépidos soldados;  
 Siempre al fragor de la trompeta osada  
 Ardiera en gloria tu guerrero fuerte,  
 Que mirara su pérdida en perderte.  
 Ni ¿ cuando de un Atila amedrentados ?  
 ¿ Quien, ai ! rompió los sacros eslabones  
 De tu justicia ? El hizo nombre vano  
 El nombre de la patria, y por la gloria  
 De Roma no se inflama ya el Romano.

Tú que al vulgo vedaste de la historia  
 El velo penetrar, Númen divino,  
 Tus misterios descubre ante mis ojos,  
 Y de mal tanto muéstrame el origen . . . .  
 Ya miro el Capitolio y Aventino  
 Inspirando rencor y horror eterno  
 Contra todo tiránico gobierno.  
 ¿ Y crimen tal virtud Nasica estima ?  
 ¿ Y el senado sacrílego se atreve

A derramar tu sangre sobre el suelo  
 Que á tus virtudes debe  
 Veinte mil ciudadanos, cuando airada  
 Solo por tí Numancia se apiada,  
 Y á tu patria perdona tanto duelo?  
 ¿Así la gratitud, fiero Senado,  
 Así las leyes burlas? ¿Qué! ¿Sujeto  
 Ya está el Tribuno á tu puñal airado?  
 ¿Y esta es la libertad, y este el respeto  
 Que á los sacros Tribunos has jurado?  
 Ya, triste Roma, por la vez postrera  
 Decidieron las armas en tu foro:  
 Principio infausto de tu eterno lloro,  
 Que ya, ya el Tíber asustado espera;  
 El Tíber que á sus ondas fieramente  
 El cuerpo de Tiberio ve arrojado,  
 Y parando su rápida corriente,  
 Lo abraza en tiernas lágrimas bañado;  
 Y al Cielo alzando el rostro venerable,  
 Es fama que clamó: “Ya ¡oh Cielo! escrita  
 Miro en tí la sentencia irrevocable  
 Que á Roma de su solio precipita.”  
 La precipita, y ella de su lumbre

Con ímpetu violento se desprende,  
Cual peñasco de horrenda pesadumbre  
Por entre rotos árboles descende,  
Y cayendo en el mar con golpe grave,  
De nuevas ondas crespas el Océano,  
Que hace vibrar á la remota nave.  
¡ Ah! que tu esfuerzo generoso es vano  
No evitarás ; oh Cayo! la ruina  
Que á Roma avara Júpiter fulmina ;  
Ni emules mas á tu glorioso hermano,  
Que si de tus benéficos intentos  
Ornan la Italia ilustres monumentos,  
Y á esfera digna elevas al Romano,  
El orgullo patricio no se doma  
Con tus armas de paz, y el solo fruto  
Será aumentar los crímenes de Roma.  
¡ Oh! cuan acerbo luto  
Dejas á tu familia conturbada!  
Mira la angustia que Licinia muestra  
Sobre su rostro exánime pintada ;  
Mírala en el umbral arrodillada,  
Con una mano contener tu diestra,  
Y sujetar con otra la infelize

Prenda de vuestra union y “ á donde armado  
 “ Vas de sola virtud ; oh esposo ! dice,  
 “ Cuando el sangriento Opimio y el Senado  
 “ Bajo la toga esconden las espadas?  
 “ No esperes ya en las leyes despreciadas,  
 “ Ni en los Dioses que vieron indolentes  
 “ Perecer á tu hermano. ; Oh ! si siquiera  
 “ Muerte gloriosa entre enemigas gentes  
 “ Armado hallases ! Que Numancia fiera  
 “ De Tiberio el cadáver nos cediera,  
 “ Y Roma lo negó. Ah ! ; y yo á los mares  
 “ Iré á pedir el tuyo ? ; Desgraciado !  
 “ Ya que en mi desventura no repares,  
 “ Ten piedad de tu hijo abandonado  
 “ Al furor y venganza del Senado.”  
 Dice, y tu firme pecho se estremece,  
 Cual los senos de Lípari encendidos,  
 Cuando truenan con hórridos bramidos.  
 Pero su imágen generosa ofrece  
 A tu vista la Patria que te llama  
 A socorrerla en su conflicto triste,  
 Y morir en los brazos de la fama.  
 Fuego sagrado el corazon te inflama,

Y á la naciente compasion resiste,  
 Cual firme roca al ímpetu marino.  
 Cae Licinia en tierra sin aliento,  
 Y tú, guiado del fatal destino,  
 Te arrojas con intrépido ardimiento  
 Ante el fuego que ciñe el Aventino.  
 Renueva ; oh sacro Tiber ! tu lamento ;  
 Ya otra vez ; ay de tí ! la sangre y gloria  
 De los claros Scipiones se profana,  
 Y de un heroico padre la memoria,  
 Que á los triunfos y faces consulares  
 Nombre ménos debió que á su justicia ;  
 Y tú ; oh modelo de virtud romana,  
 Y premio de virtud ! si á la avaricia  
 Tus hijos recordares  
 Torpemente inmolados, no los llores,  
 No los llores, Cornelia, que no tarde  
 Roma los llorará ; Roma cobarde  
 Que á Opimio absuelve ; Roma que entre horrores  
 De sangre de tus hijos en torrentes,  
 Le ve aumentar del Tíber las corrientes ;  
 Roma que de sus fuertes defensores  
 Mira tres mil sobre las ondas muertos.

Y tú tambien los lloras, que indignada  
 Tus templos dejas ; oh Virtud ! desiertos,  
 Y buscas fugitiva otra morada.

Huye, pasa los Alpes, é ilumina  
 Naciones ignoradas ; vuela ; oh Diosa !  
 Que Roma solo te prepara insultos :  
 Tiempo ha ya que atrevida y codiciosa  
 Tus leyes abomina,  
 Y despreciando tus severos cultos,  
 Entrada incauta diera al blando vicio,  
 Que hora la arrastra fiero al precipicio.  
 ; Oh ! Roma ! presagiarlo así debias  
 Desde que el freno rígido abandonas,  
 Y de Caton permites que en su foro  
 Triunfe la vanidad de las matronas.  
 Ya, á competencia, templos al decoro  
 No elevan las plebeyas y patricias,  
 Que el Dios á quien se postran es el oro.  
 Ya en la copa mortal de las delicias  
 Tu muelle juventud sedienta bebe,  
 Y los padres se enervan y la plebe.  
 En hora infausta el Asia conquistaras,

Que el venenoso vaso te propina ;  
 Tú de ella triunfas, y ella te domina ;  
 Pereces, y en la muerte no reparas.  
 Ya tu dominio es grave al forastero,  
 Y tu feroz codicia despedaza  
 Los pueblos que te infaman en tu plaza.  
 Acuérdate que el heroe de Cartago  
 Cisne te fué, al morir, de triste agüero,  
 Que á tu virtud vaticinó el estrago.  
 Y bien vengar sus indignados manes  
 El Africa verá, cuando profanes  
 Tanto tu sacro honor, que osadamente  
 Un rei numida, por venal te afrente,  
 Y digno llegue á ser de tus afanes.  
 Que ya tu ruda y firme fortaleza,  
 Entre duras costumbres engendrada,  
 Al alhago traidor de la riqueza  
 Fallece dulcemente emponzoñada ;  
 Tal el mar fiero contra escollos truena,  
 Y al cielo espumas con furor levanta  
 Sobre la blanda arena.  
 Mas si del enemigo tu vil mano  
 Tiembla ; oh codicia ! victoriosa esgrime

El puñal contra el débil ciudadano;  
Y ya sin freno tu ardimiento insano  
Rompe la lei, al magistrado oprime,  
Y ante tu trono, Diosa enfurecida,  
Muere el honor que en tus coyundas gime,  
Muere la patria que el honor olvida.  
; Virtud amable! Cuando fué tu imperio  
Alma de Roma en sus mejores dias,  
Y la riqueza á límites ceñias,  
Que ni el rico comprar el cautiverio  
Del triste pueblo y de la patria osara;  
Ni por el hambre, torpe consejera,  
El pobre pervertido, al poderoso  
Su brazo y voz vendiera,  
Era Roma á sus hijos madre cara,  
Madre imparcial, que solo al virtüoso  
Ofreciera el favor de sus comicios.  
Fueron á Roma entónces sacro ejemplo  
Los pobres y magnánimos patricios,  
Cuya gloria eternizas en tu templo.  
Allí del tierno Agripa resplandece  
El sepulcro, y tu arado ; oh Cincinato!  
Allí, cual palma victoriosa, crece

El nombre de Camilo, que conquista  
 Por virtud sola, y de su pueblo ingrato  
 Es la única salud. Allí á mi vista,  
 Cartago, á tu pesar Régulo vive.  
 Y en suma que no goza, condenado  
 El vencedor del Asia se vé al lado  
 Brillar de Curio. Y tú tambien recibe  
 De mis versos oh! Paulo! algun tributo,  
 Que del grato Español te acuerde el luto.  
 Vosotros, claros heroes, despreciando,  
 De virtüosas leyes al influjo,  
 La vil tranquilidad del ocio blando  
 Y la ignominia espléndida del lujo,  
 Amasteis solo estériles honores,  
 Inflamasteis la plebe; y la contienda  
 Que inspirara tal vez breves furoros,  
 Con duradero bien su daño enmienda.  
 Que como el astro, rei del firmamento,  
 La Luna de sus rayos enriqueze,  
 Así en émula gloria resplandece  
 La plebe que en Duilio el escarmiento  
 De tiranos da á Roma, y el dechado  
 De templada equidad; que al consulado

Honrar mira sus ínclitos varones ;  
 Que vé triunfar su dictador primero  
 Del Etrusco y de Roma ; y las legiones  
 Víctimas ya del enemigo acero,  
 Salvar sus Decios, hostias voluntarias ;  
 Y cuando vuela Anibal sin rezelo  
 De Roma ya postrada, el gran Marcelo  
 Cortar sus esperanzas temerarias.  
 De tan clara virtud copias felizes  
 Roma muchas gozó, sagrado fruto  
 De la altivez que al pueblo inspira Bruto ;  
 Y cuando á tus patricios contradices,  
 Dos vezes triunfas, plebe virtüosa,  
 Que el imperio le cedes generosa  
 Despues que á tus magnánimas porfias  
 Aspirar á las faces ya podias.  
 ¿ Qué mas ? ¿ Cuando tres vezes refugiada,  
 A tu mismo furor solo temias,  
 Huyendo de victoria ensangrentada ?

¡ Oh ! confusion ! Senado, no es la plebe  
 La que la guerra asoladora mueve ;  
 La centella que incendios ha sembrado

Contra Roma, ha partido de tu seno;  
 Y de la atroz discordia está entrañado  
 Por tí en los siete montes ya el veneno.  
 Volcanes ay! serán tus siete cumbres,  
 Que sobre tí desolador incendio  
 Ya abortar miro. Oh! Roma.... tus costumbres,  
 Tus avaras costumbres ya reciben  
 ; Oh! Senado cruel! digno estipendio;  
 Ve morir tu ciudad; horror, espanto  
 Ya sus calles sombréa, y se perciben  
 En los Alpes los ecos de su llanto.  
 Ya Sila, rayo de orfandad, abrasa  
 Los restos que perdona el brutal Mario;  
 Y á cuantos no lo adoren sanguinario,  
 César resuelto el Rubicon ya pasa.  
 Los heroes abandona el pueblo ingrato  
 Que lo redimen de opresor injusto;  
 Ya en Bruto pierde la virtud su asilo  
 Y gime bajo el fiero triumvirato;  
 Arde la guerra desde España al Nilo;  
 Y victorioso Augusto,  
 Esclava Roma la piedad pregona  
 Del que sin enemigos, ya perdona.

Ya, infiel Senado, el nombre de Tiberio  
 Por rigor de los cielos ofendidos  
 Es nombre para tí de vituperio.  
 Doblád los cuellos otra vez erguidos,  
 Sufrid el yugo, viles Senadores,  
 Y al morir entre oprobios y rigores  
 Del tirano que bárbaro os denuesta,  
 Cuando el puñal en vuestra sangre baña,  
 De aquel Tiberio recordad la muerte.  
 ! Ay ! de su sangre la espiacion es esta,  
 Esta de vuestros padres fué la hazaña.

Ya, mísera ciudad, sobre tu suerte  
 De horror se cierra tímida mi vista,  
 Anegada en los negros horizontes,  
 En que tu gloria á deshacerse vuela.  
 ; Ah ! que rápida vuela, y de los montes  
 Corra bárbara gente á tu conquista,  
 Y la sierra infeliz ménos se duela  
 Bajo el cetro del Vándalo, aunque odioso,  
 Que bajo el de esas fieras insolentes  
 Que tú del orbe disponer consientes !  
 Si bien feroz, al fin menos vicioso,

Triunfará de un imperio corrompido.  
 Sí, triunfará; que ese poder, que sacro  
 Llama atónito el orbe sometido,  
 No es ya mas que un brillante simulacro,  
 Y decretando el Cielo exterminarte,  
 A tus emperadores mas piadosos  
 De hacer el bien completo negó el arte.  
 No reinas ya por lazos poderosos,  
 Que sola puede la justicia darte,  
 Sino porque en el orbe envilezido  
 La virtud y el valor has extinguido;  
 Reinas hasta que guerra te presente  
 La primera que venga á viva gente.  
 Así tal vez magnífico edificio,  
 Disueltos ya los vínculos seguros,  
 Con que entre sí de los enormes muros  
 La firmeza anudó sabio artificio,  
 Solo en su inmensa mole se sostiene,  
 Y llegar suele á ver siglo remoto  
 A merced del acaso, hasta que viene  
 Súbito á combatirlo el terremoto;  
 Y de su peso entónces mas vencido,  
 Da en tierra con horrísono estampido,

Y en fragmentos disuelto en un instante,  
Memoria es ya que al pasajero espante.

Tal eres tú á mis ojos, y del seno,  
Oh! Ciudad infeliz! de estas ruínas  
Mi mente en sacras luzes iluminas.  
¡Oh! si fuese mi voz la voz del trueno,  
Y en las alas gloriosas de la fama  
Volando al lecho penetrase, oh! Reyes!  
En que libres yaceis en esta hora  
Del cerco horrendo que incansable os trama  
La adulacion traidora.

“ Oid, dijera, Dioses de las leyes,  
Mi voz oid; que por mi labio os llama  
Desde Roma arruinada la justicia.  
Ella los pueblos sostendrá propicia,  
Que vagarán, de su favor desiertos,  
Desatentados siempre, siempre inciertos.  
No la depravacion os amedrente;  
Leyes que inspiren la virtud y ligen  
La virtud y la fuerza estrechamente,  
Triunfo veloz de la maldad consiguen.  
Asilo un tiempo vil de malhechores,

Esta nuestra Ciudad la vió á su frente  
 En heroes transformar sus moradores.  
 Si renaciese así, no la domara  
 Ni Africa inerte, ni Asia envilezida,  
 Ni América infeliz, ni Europa avara.  
 ¡ Reyes! pensad en Roma destruida,  
 Y esta noche os será noche de vida.”

Mas si mi ardor con débiles lamentos  
 Fatiga en vano los callados vientos,  
 Por lo ménos, intrépidos hermanos,  
 Reciban vuestras sombras mis gemidos,  
 Que en nombre de los siglos son debido  
 Al horror inmortal de los tiranos.  
 Y vosotros, del Erebo nacidos  
 Para norma de infieles magistrados,  
 ¡ Oh! Nasica y Opimio! destinados  
 Por el hado inclemente á la ruína  
 De la grandeza y la virtud romana,  
 Si el Cielo la venganza soberana  
 En el yerto sepulcro no termina,  
 Que esclavizados á infernal cadena  
 Sobre este anfiteatro lastimoso,

En llanto eterno humedezcais su arena,  
Y os acuerden las Furias sin reposo  
Que os atrevisteis á romper crueles  
Para siempre de Roma los laureles ;  
Y al ver el pasajero esta ceniza  
Que el Cielo en vuestro oprobio inmortaliza,  
Os execre cual yo, y en vuestro nombre  
A cuantos quieran degradar al hombre.

FIN.

---

IMPRESA ESPAÑOLA DE M. CALERO,

No. 17, Frederick Place, Goswell Road.

Ayuntamiento de Madrid

